

EL PENSAMIENTO REBELDE DE ROBERTO ARLT

Por

ALBINO D. CORELLI

Según Neruda, la vertiente geográfica de los océanos que bañan América, señalan dos cauces poéticos distintos: la del Pacífico, que se inclina por una realidad más sensual, carnal, hedonística, realista e inmediata en su versión estética; la del Atlántico, que aparece sometida a concepciones más idealistas y metafísicas de la realidad en su concepción creadora.

Curiosamente, esta dualidad se dio —faceta más o menos—, entre nosotros como fenómeno literario de la época situada entre las dos guerras, en los grupos llamados de Boedo y Florida. El realismo, el agudo sentido del hombre, la obsesión de su historia, que restalla en el movimiento de Boedo señala uno de sus caracteres positivos, aunque un tanto extraño a lo esencialmente estético: su perspicaz y precursora toma de posición en el nivel social y político, la intuición certera de una carrera mundial hacia la reforma de viejas estructuras económicas, sociales y culturales. En este aspecto, aquella primera literatura comprometida previno un fenómeno literario típicamente contemporáneo, actual en toda Latinoamérica: la literatura de la “insurrección permanente” (Vargas Llosa así la denomina) o “narrativa de testimonio o denuncia” (según la terminología de Ghiano) o “intención testimonial” (apelativo de Fevre), que aportan autores como Carpentier, Roa Bastos, Miguel Asturias, Mario Benedetti, Carlos Fuentes, Juan Rulfo, Vargas Llosa, y otros. Estos escritores se lanzan a la creación con “dura voluntad de testimonio”, eludiendo el estereotipado pueblo-tema, en que el conflicto social sólo se refleja a través de un atrayente costumbrismo, o una declamación mechada más o menos oportuna

mente, y volcándose plenamente a un diálogo —que es grito, impacto y rebeldía— con el pueblo como vital interlocutor. Señalemos, sin embargo y de paso, que estos autores no monopolizan la realidad total del mundo literario latinoamericano. Se ha notado (Fevre) con exactitud que esta literatura insurrecta aparece preferentemente en los países denominados “capitalistas” y acentúa su dimensión social en las naciones “subdesarrolladas”, que viven un arduo proceso de transformaciones en sus estructuras sociales.

Queremos ubicar esa corriente militante que no arrastra tras de sí una ideología política precisa, sino más bien un difuso “socialismo” reformista sui generis, una composición espúrea de revisionismo, nacionalismo y trotskismo. Ninguno de estos escritores podría figurar o actuar como político profesional en alguna fracción de izquierda: coincidiría plenamente, quizás, en todo lo que se debe destruir, pero —rebelde nato, soñador empedernido— gritaría graves divergencias en el momento de construir.

No podemos eludir una referencia a cierta ruta heterodoxa actual ante el “compromiso social”. Cortázar o Sábato, por ejemplo, destripan nuestro mundo partiendo no ya de los hechos sociales, sino más bien haciendo el camino de retorno, que lleva desde la sima íntima y profunda del ser humano traumatizado por la sociedad, el ambiente, el milieu espiritual o moral, hasta sus causas extrínsecas —novela psicológica con derivaciones sociales —enfoque original entre nosotros aunque adulto ya en Europa, lo cual el primero ha intentado conceptualizar así: “literatura testimonial de una angustia personal... que no sea pretexto para la transmisión de un “mensaje”— no hay mensajes, hay mensajeros, y eso es el mensaje, como el amor es el que ama...”. La manifestación del hombre en su real valor —según el mismo Cortázar— irá liquidando, por necesaria derivación, las viejas estructuras éticas y sociales. Esta actitud literaria comprometida es más pura, estéticamente. Y, probablemente, más perdurable, ya que se enraiza más en el hombre que en sus circunstancias.

Nosotros estamos empeñados en detectar los reales valores filosóficos que pudieran subyacer o condicionar la obra literaria de Rober-

to Arlt. Lo que nos lleva, ineludiblemente, a una serie necesaria de digresiones.

En la valoración corriente de los posibles caudales filosóficos de nuestros creadores literarios, la crítica sería ha oscilado permanentemente entre dos acuciantes problemas. El primero: la inexistencia de un pensamiento propio, filosóficamente hablando y exceptuando el campo de la literatura, en nuestro país. De aquí se deducen, además, dos verdades a indagar y sopesar por una avezada inquisición sociológica: dentro del proceso del país político y social, la literatura argentina parece haberse ido desviando lentamente de la praxis a la teoría. Iniciada como "literatura militante" —constituciada con la proclamación, exaltación y realización epopéyica de nuestro ser nacional— en los días de Mayo y Julio, culmina en nuestros días con una indagación dubitánea y hesitativa —y un tanto alejada— acerca de la esencia misma de nuestro ser nacional —Mallea, Sábato, Marechal y tantos otros...—. Otra verdad a indagar: los escasos datos filosóficos, prescindiendo de un grupo reductible a la calidad de repetidores de un pensamiento europeo casi siempre desplazado a estas playas con cierto retraso —Ingenieros, Ravnani, Romero, etc.— han de ser detectados, necesariamente, en creadores literarios. En nuestro país, de hecho, la literatura ha reemplazado a la filosofía, como expresión de un pensamiento nacional peculiar y propio. Esta realidad vicaria, fue agudamente percibida por los grupos literarios de Florida y Boedo. En aquel, el monopolio filosófico fue detentado hasta el mito por Macedonio Fernández —Cfr. nuestro ensayo "Mito y Frontera en Macedonio Fernández", en "La Capital", Rosario, 25/6/67, supl. liter.—. Roberto Arlt, en el grupo diferenciado de Boedo, no se salva tampoco de constituirse un buceador de la realidad esencial del hombre, en busca de una definición de nuestro ser nacional, intentando, veremos los resultados, escauceos filosóficos originales, a más de la subyacente cosmovisión que supone su enfoque literario "comprometido".

Debemos iniciar una digresión más, para afinar conceptos. Se ha hablado, y la crítica —aún la sería, de alto nivel— sigue hablando, de poetas "metafísicos", escritores "metafísicos", pintores "metafísicos".

Por supuesto, este adjetivo lo recibí y lo recibe también nuestro Roberto Arlt. Nos es necesario aclarar el concepto.

Mundo de esencias, la metafísica tiene su propio e intangible nivel cognoscitivo —tercer grado de abstracción—, y su propio éxtasis: la intuición del ser en cuanto ser. Mundo de existencias, la poesía —y la literatura, ende— se enanca en símbolos para detectar los frutos espirituales que se balancean en las cosas, al acecho permanente e inefable de algo trascendente enviscerado en lo sensible: lo bello. Es evidente que la facultad cognoscitiva, de tipo intuitivo, que es la inspiración poética, hace que, al captar la belleza, se intuya, de algún oscuro pero cierto modo, la Verdad, el Bien, el Ser. Ahora bien: este fenómeno intuitivo de algún modo totalizante del Ser, no es peculiar goce de ciertos creadores, no puede ser elogio exclusivo de determinados artistas. Esta pluralidad intuitiva es, en realidad, privilegio de toda creación valedora, ya que se funda, no en la mayor o menor capacidad del artista, sino en la translúcida cohesión del mundo trascendental. Así, de este profundo modo, todo creador deviene, aunque inconceptualmente, un metafísico.

Por supuesto: el hombre en actitud filosófica lo problematiza todo. Pero tampoco toda inquisición filosófica adquiere necesariamente nivel metafísico. En realidad, la confusión conceptual de la crítica literaria en este tipo de calificación revela una deficiencia en la herramienta de trabajo. Al decir de Celia Paschero, llámase “metafísico” cualquier sentimiento o idea de cierta relevancia, desde una vaga nostalgia de vivir —o morir— hasta un tenue teísmo angustiado. Probablemente —y nosotros pensamos que ésta es la única posible valoración del término en el mundo existencial del arte— se quiere calificar con este adjetivo solemne un nivel de inquietud que va más allá de una estricta angustia lírica o de una básica angustia intimista, apuntando determinadamente a una zona plurivalente, analógicamente, en todo el complejo real humano; es decir: una exaltación de congojas y gozos concretos que pertenecen misteriosamente a todo hombre —coordinadas o cuasianalogías del hombre como cuerpo y alma, como existente, y en este caso son valores, son “reflejos de un orden invisible” (Jacques Maritain)— de los cuales el poeta sabe cosechar los nombres.

Cuanto más carga de estos frutos palpitantes fluyan sus dedos, más trascendente, en este sentido, será su voz. En el esquema de Hartmann —“Vondergrund”: imagen real o sensorial, y “Hintergrund”: trasfondo estratificado ideal o intelectual polivalente— de la intuición estética, además de las tres dimensiones de “Cosas”, “Vida”, “Anima”, hallamos la dimensión del “Espíritu”: el trasfondo de la época, el modo de pensar o cosmovisión del poeta acerca de la vida y de la muerte, su filosofía, los aspectos trascendentes o eternos del hombre, transferidos en toda obra auténtica. La invitación de García Morente a revisar el añejo concepto de metafísica en las huellas de Ortega y Gasset —“razón vital”— o Heidegger —existencialismo—, haría adquirir al tiempo y al espacio, ejes centrales del fenómeno “existencia”, relieves ontológicos, lo que parece, al menos epistemológicamente, excesivamente aventurado.

Hay, como lo hemos podido ver, una extensa gama de deslizamientos en el concepto de creación metafísica. Con todas estas “nuances” entendemos usarlo en nuestro análisis del pensamiento rebelde de Roberto Arlt.

No por numerosa, la promoción y estudio de Arlt ha logrado una clara, precisa imagen de este escritor a menudo paradójico y contradictorio. Fue pilar de Boedo, con Yunque, Castelnuevo, Quiroga, Arias, Barletta, etc. Le caben a él, de este modo, las tradicionales categorías de la literatura comprometida: un “Naturalismo Realista” ante los hechos desnudos, una “Humanista Visión” del hombre ubicándolo como factor y eje esencial de la coyuntura social que se denuncia, una “Salida Redentora” —mal llamada “mística”—, a través de un indefinido amor a la humanidad.

Literariamente hablando, sumergirse en este escritor “diferenciado” —como se lo ha llamado— es saturarse de gritos, imprecaciones, sentencias y centelleantes impactos estéticos —efectismos—, un apenas superado continuo problema para originar su técnica —forma excesivamente tradicional, ingenua, romántica e incluso, a veces, folletinesca—, un obsesivo compartir la vida insólita de personalidades abyectas, sublimes, monstruosas, atormentadas —todo simultáneamente— y, salvo alguna leve presencia femenina —Elsa, por ejemplo—, un con-

tinuo desequilibrio psíquico o moral o afectivo en perpetuo contraste con el pensamiento, la costumbre, el hecho cotidiano. Arlt logra —lo sabemos— darle corporeidad vital, para destruirlo después, a un sistema de poderes que se asienta en la sociedad con toda su terrible omnipresencia: negocios, dinero, clases, belleza, orden legal y sus contrapartidas, hasta llegar a la humillación y la hipocresía. Una suerte de diabolismo apasionado encadena los seres dentro de la alucinación o enajenación —una constante en Arlt— que el dinero provoca. En pocas palabras: la posesión del dinero enmascara, en su determinación egoísta, la raíz del pecado y hace de sí mismo una diaria caída en un largo presente irredento. Y al mismo tiempo que las virtudes del amor, de la religión, de los ideales fraternales ceden ante él su sitio en el corazón de los individuos enajenados, una voluntad de poderío agiganta el orgullo hasta la crispación. Es, si intentamos traducir esta idea arltiana esencial y angustiada, la realidad del ser del hombre “caído en su historia”. Pero Arlt no tiene compasión de ese “hombre mediocre”, como no la tuvo nunca de sí mismo. Toda la tenacidad de los equívocos, la esencia de la compasión y la piedad —un precursor del tema axial de Grahan Greene—, las negruras del odio, las infinitas gamas de la soberbia y la criminalidad humanas, se exaltan en su visión como el trágico revés de la trama existencial, convertida, a través de su interpretación, en la expresión exacta del hombre total. Pero, notémoslo: este hombre no es asumido trágicamente solo. Arlt prevé claramente que ese ser, intrínseco en el hombre, es la resultante del carácter que imprime colectivamente una sociedad desorbitada, egoísta, brutal, con todas las virtudes cristianas en estado de putrefacción definitiva. Su grito, en alguna forma, es el eco atormentado de una angustiada ausencia de Dios en el hombre.

Arlt manipula, en ese tablado ambiental de angustia, injusticia, gritante soledad, con insistencia, ciertas constantes, ciertos temas que se convierten en puntos esenciales de su cosmovisión estética comprometida. Al introducir abruptamente —el primer escritor entre nosotros—, el paisaje porteño, sus arrabales y su lenguaje peculiar —el lunfardo—, Arlt intenta fijar determinadamente al héroe desmitizado de sus aventuras en un plano de total realismo. Sobre ese ser real, de

carne y hueso sufriente, estructura sus constantes. La destrucción del “hombre mediocre”, la exaltación de la “lucha social”, inminente e inevitable según él, la “destrucción total de las instituciones tradicionales” —familia, matrimonio, religión, política, trabajo— y su substitución por formas modernas nuevas que no logra definir con claridad—, la “reivindicación total del Amor-sexo”, la “revaloración del hombre “como ser sagrado”, la “incomunicación del hombre auténticamente moderno —no el “hombre mediocre”— debido a las presiones sociales más diversas, la “purificación de los espíritus a través de la humillación” y “un Dios omnipresente”, repudiado, exigido, acariciado y escupido.

El “hombre mediocre” y su feroz descuartamiento asoma en su reiterado análisis del “matrimonio gris”, del “esclavo de la hora”, de las oficinas —ver “La Noche”, “El Jorobadito”...— insistiendo en la alienación embrutecedora producida en el ser humano por las condiciones de la vida común, justificando, quizás, por contrapartida, su propio e incontrolable impulso a la bohemia. “Nadie puede defendernos de la Vida ni de la Muerte”... ¿Me habré equivocado de planeta?... “Pero yo te amo, Vida. Te amo a pesar de todo lo que te afearon los hombres”... Fragmentos de “Los Lanzallamas”, final de la novela “Los Siete Locos”, en boca de Erdosain. Allí nos presenta, en esa obra cuyo extraño nombre le sugiriera Leumann en 1928, una gama insólita de personajes rebeldes a toda vida “común”, que configuran —quiera que no—, su interior insurrección. Ya lo dice el mismo Arlt en el prólogo: “Quiero escribir libros que encierren la violencia de un cross a la mandíbula”. Erdosain —criatura vital y remordida—, el Astrólogo —superhombre castrado—, Ergueta —místico loco—, Hipólita —prostituta empeñada en sublimarse—, Hafner —proxeneta exaltándose hasta la Caridad y la Pureza a través de su pupila La Ciega—. “En los únicos que creo es en los que no tienen que perder nada”... hermosa formulación de la fe depositada por los hombres en los personajes excepcionales o “carismáticos”, cuando efectivamente se juegan hasta no tener ya nada que perder.

La lucha social es exaltada en sus páginas consistentemente. “Debemos luchar para destruir esta sociedad implacable”. “El dinero y la

política es la única verdad para la gente del campo". "El grupo de los que aplastan la verdad lo forman los comerciantes, industriales, militares y políticos". Recordemos que en esa época —1929-31— se corrían vientos agitados de pesimismo por el vacío de poder político y su implicancia social. "Hoy, entre los ruidos de un edificio social que se derrumba inevitablemente, no es posible pensar en bordados...". "Quisiera prenderle fuego por los cuatro costados al mundo". "Erdosain representa para mí —dice alguna vez el Astrólogo— la humanidad que sufre soñando con el cuerpo hundido hasta los sobacos en el barro". "Comunistas: si tuvieran un poco ¡de inteligencia!... de los socialistas ¡ni hablemos!". Preanuncia una revolución social contra el régimen. Este tema constante reclama, por otra parte, algunos temas menores, en los que no atenúa su afán destructor.

Se refiere, así, a la "quiebra de las instituciones tradicionales": familia, religión, estado y política. No extraña, pues, la burla sarcástica de Erdosain a su tragicómico connubio con la Bizea. En "El Amor Brujo" señala la obsesión del amor femenino sublimado, idealista, pero imposible de verificar, como se deduce del final de la novela; reitera obsesivamente la oposición entre el amor puro y el sexo, la moral hipócrita —el varón niega a la mujer experiencias que reclama para sí mismo como un derecho—, la comprobación de una novia idealizada —Irene— que exhibe por fin su total falta de integridad, destruyendo el amor, el hogar, los sueños, volatilizándolos, como la misma novela se deshace de pronto entre los ojos del lector, imprevistamente, quedando vigente, lúcida, sólo la estéril ensoñación de Estanislao Balder.

Esta amarga experiencia de incomunicación —de quien no halla en otro ser una cabecera de puente para su amor ideal—, lo impulsa a reclamar una reivindicación total del amor-sexo. Porque si se cierra el camino del espíritu, según Arlt, lo único que resta es la ruta válida del sexo. En esta exaltación del instinto sea cual fuere su forma exterior de realizarse, centra la capacidad de realismo "metafísico" de Arlt la elucubración de Massotta. Para Arlt, no hay diferencias morales, éticas, físicas o esquemas de normalidad-anormalidad en cualquiera manifestación del proceso sexual entre los hombres. Esta total amoralidad instintiva es, precisamente, lo que Massotta detecta como más va-

liosamente “metafísico” en la obra de aquél. ¿Qué sentido tiene aquí la palabra solemne, cuyo uso hemos analizado más arriba? Es uno de los clásicos misterios conceptuales de la crítica literaria moderna. Porque resulta más que evidente que la sexología —ciencia o hecho, en cualquier nivel— poco tiene que ver con el mundo de la trascendencia. Por otra arte, la elaboración arltiana del tema, mal que le pese a Masotta, no supera jamás el orbe de la ética de costumbres, no agrade más que a la hipocresía pública, plagada de prejuicios y tabúes, respecto de todo lo atinente al tema del sexo. No hay, en ningún caso, un intento de establecer una doctrina de cierta trascendencia —como por ejemplo sería la elaboración de Otto Winninger— sobre los problemas de lo sexual en la humanidad. Sólo acepta una afirmación elemental, que no fue profundizada: sin la ruta del espíritu para aproximar a dos almas, el ser humano debe recurrir a la pasión sexual para comunicarse.

He aquí el camino por el que Erdosain intenta recuperar una relación con la mujer, a través de Elsa, La Bizca, o Hipólita. Esta incomunicación es característica, para Arlt, del hombre auténticamente moderno —el hombre “desprejuiciado— aplastado por los gestos, actitudes, instituciones sociales que lo traban y lo compelen a devenir el “hombre mediocre”. En este acento arltiano de la incomunicación, es —como en otros que nombraremos— un precursor de un tema vivo de la psicología y la sociología contemporáneas.

En su desorbitado mundo prefilosófico, aparece otra constante, valorable y pura, también en un nivel de anticipación a su época: la reivindicación del “Hombre como Ser Sagrado”. Esta afirmación lo coloca, imprevistamente, en la línea humanista canonizada actualmente por el Vaticano II. Lógicamente, no obtiene una formulación asaz perspicua, equilibrada o académica: no podemos exigirle sutilezas a su imaginación turbulenta. “A quien, habiéndose podido convertir en dios para un ser humano, se negó a ser dios, a ese le diría yo: ¿Cómo? ¿Pudiste enloquecer de felicidad a un alma y te negaste? ¡Al infierno, hijo de...!”. “El sentido religioso de la vida consistiría en adorarse infinitamente a sí mismo, *respetarse como algo sagrado...*” “Dios.

vale menos que el último hombre que yace destrozado sobre un mármol blanco de una morgue”.

Relámpagos de cristianismo, en una cruda noche materialista y blasfema, hondas deficiencias de información teológica, aunque auténticas intuiciones redimibles, en este escritor que testimoniaba ante la desastrosa crisis del sistema capitalista americano: “Ahora hay que predicar el odio y el exterminio, la disolución, la violencia... El que habla de amor y de respeto vendrá después. El no sabrá que nosotros quisimos condenarnos como monstruos para que El... pudiera hacer estallar sus verdades angélicas”. Un sentido errado, pero positivo, de servicio del prójimo, de martirio y testimonio por los hombres, para preparar los caminos del Amor. Un intento de hallar el “revés de la trama”, una “piedad” por el hombre hasta condenarse por él, pre-annunciando el tema esencial del mejor Graham Greene.

Su pensamiento en ese orden de entrega para redimir al hombre, adquiere poco a poco honduras fascinantes. Ese sacrificio exige una purificación del héroe mediante la humillación, y una ascética implacable, inhumana. “Deliberadamente, entiéndame bien, deliberadamente voy hacia el perfeccionamiento del mal, es decir, de mi desgracia...”. “Mi problema consiste en hundirme. Me atrae la suciedad. Hay en mí una ansiedad de agotar experiencias humillantísimas”. He aquí una “captación de la náusea”, que diría Cortázar. Profundo resentimiento contra los hombres, que lo impulsa a hacer sufrir, creyendo, así, liberarse de su culpa o su impotencia, a cuenta del dolor ajeno. Pero allí, sólo entonces, en el dolor y la angustia, se produce el inevitable Encuentro. Arlt lo elude insistentemente, a pesar de instalarlo él mismo en cada esquina de sus obras. Dios está allí, en su furia, en su dolor, en su grito, en su caricia, en su esputo. De pronto desemboca en una entrañable y curiosa devoción a Jesús, en líneas cuya dimensión emotiva y humana permanece extrañamente actual. “Hablan de un Jesús que está lejos del corazón humano, e, insensiblemente, la gente se aleja de Jesús... Pero Jesús era un hombre. Hablaba como hablo yo con vos. Iba por las calles de las aldeas, y de las puertas entreabiertas le llegaba el olor de los guisos y veía a las mujeres que, con brazos desnudos, ordeñaban sus cabras. *El estaba simultáneamente dentro*

de todas las cosas del mundo. Y nadie se daba cuenta de la inmensa misericordia que le hacía pararse al anochecer en los campos, junto a las fogatas de los pastores y bandidos". Resulta fácil exagerar distintos en el análisis de lo religioso en Arlt. Sin embargo, su esquema es sencillo, simple, casi intrascendente, dada su casi nula información teológica. Su inevitable contacto con Dios o lo Trascendente, es el natural hallazgo de un alma sensible e inquieta, que se refleja en sus personajes, acuciados por su propia angustia.

Hemos intentado un esquema lógico del pensamiento volcánico de Roberto Arlt, a través de sus obras, evitando la cita farragosa, detectando las coordenadas esenciales de su creación, aunque de hecho no se hallen estructuradas por orden y genéticamente en ellas. La obra de Arlt supone y expone una serie de conflictos, problemas, disquisiciones de tipo social con atisbos de posibles soluciones políticas —lucha de clases, burguesía, prejuicios, incomunicación, desorden económico originado en sistema estatal, en estructura social desalmada y nivelante—, una serie de torturados procesos psicológicos —amor ideal, resentimiento, infantilismo, neurosis varias, sexomanías diversas, masoquismos—, enfoques religiosos primarios y superficiales. Notemos que Arlt ahonda con mayor precisión y agudeza en el sentimiento religioso y la fe cuando no lo intenta adrede, sino cuando de pronto, a través de un turbulento buceo en la naturaleza humana, se halla ante el Misterio. Precursor de la novela "comprometida" —en el sentido estricto del término—, antecedente de Scobie en su entrañable piedad por el hombre, preanuncio de Sartre en su regurgitante náusea vital, el conjunto de la obra arltiana tiene el valor justo de un espléndido grito personal, auténtico, de una rebeldía inevitable en el hombre desubicado o arrojado entre voluntades extrañas a la propia. Cuando este grito se hace sangre en un escritor auténtico —aunque indisciplinado, desnivelado, y técnicamente ingenuo para nuestra época, ¡oh, aceleración de la historia!— su eco trasciende las fronteras estéticas y se convierte en un mensaje. Insistimos: Arlt sobrevive a sus posibles defectos de forma, por la autenticidad de sus personajes, por la interpretación dolorosa y veraz de su hombre y de su época, sin olvidar los altos niveles de narrador o esteta que alcanza innumerables veces en sus obras, y el genuino sa-

bor de una rebeldía interior que trasciende localismos para alzarse en coordenadas de la humanidad entera. Arlt, de algún modo, retornando a las precisiones que encabezan estas líneas, representa el triunfo de Boedo sobre Florida en su visión del futuro literario, la redención de la posible opacidad de una corriente estética en algún momento desfalleciente.

Arlt, como Erdosain, puede descansar en paz. "Una serenidad infinita aquietaba definitivamente las líneas del rostro de ese hombre que se había debatido tan desesperadamente entre la locura y la angustia". Roberto Arlt ha encontrado, por fin, su verdadero planeta.